

Los amigos de Toni Julià

Joan Ferrerós

Cuesta encontrar palabras apropiadas y espacios adecuados para celebrar entierros civiles. A menudo, el acto consiste en fórmulas frías pronunciadas en lugares que, o bien recuerdan al ambiente eclesiástico, o bien son pequeños, inhóspitos. A veces, no es así.

Si bien la generosa sala de ceremonias del tanatorio de Girona recuerda mucho a un templo -pesan mucho 2.000 años de tradición-, en la despedida de Toni Julià destacó poderosamente la cantidad de amigos que quisieron estar presentes, y lo que estos amigos comentaban informalmente, y expresaban emocionados desde el micro de la sala. Hay sepelios rutinarios, resueltos con lugares comunes que parecen imposibles ante el enigma de la muerte; pero la media docena de personas que el 18 de julio de 2009 evocaron la compañía que habían compartido con Toni Julià, convirtieron el adiós en testigo afectuoso y en memoria persistente.

Los amigos: ¿quién puede decir que tiene en la cantidad e intensidad que allí se manifestaban? Julià fue profesor universitario de educación social, miembro de la Fundació Ser.Gi (Fundació Servei Gironí de Pedagogia Social), etc. Colegas, alumnos y compañeros destacaron la bondad de aquel hombre excursionista, que se marchó a Francia para transmitirles después lo más noble del mayo del 68; que, coherente y lúcido, avanzaba sin romper y pactaba sin traicionar. No se dicen estas cosas con la voz rota sin estar convencido de su certeza. Los amigos, que decíamos... Julià, ya enfermo, con el crepúsculo al acecho, en Palau de Santa Eulàlia, tenía cuidado de una hilera de olivos, sabiendo que pronto alguien le sustituiría: de la misma manera como había pasado por la vida, la suya, siempre trenzada con la de sus allegados, los demás, un árbol del bosque y en el bosque.

Ante los cristales del tanatorio de Girona se ve una masa arbórea a la orilla del río Onyar; la vista hacía amables y acogedores los momentos en que los amigos de Toni Julià dedicaron a evocar su gran humanidad.

